

LA NOVELA FILM

N.º 51 Especial

50 cts.



LA DESTRUCCIÓN DE PARÍS



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7.- BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 51

LA DESTRUCCIÓN DE PARÍS

(LA CITÉ FOUDROYÉE, 1924)

Comedia dramática de **LUITZ MORAT** *

JANE MAGUENAT
y
DANIEL MENDAILLE



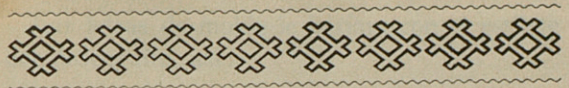
EXCLUSIVA
ESPECIAL GAUMONT

Concesionario: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

Prohibida la
reproducción



La Destrucción de París

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PROLOGO

20 de Diciembre de 1930.

He aquí mi confesión:

Soy el mayor criminal que ha existido hasta ahora.

Por odio y por lucro he destruído una de las ciudades más prósperas del mundo...

Mi excusa: Me vi humillado, escarnecido, tratado de loco y de insensato por los mismos hombres a quienes mi invento infernal debía aniquilar más tarde.

Yo era pobre y ambicioso. La ciudad febril me rodeó con sus enormes tentáculos, y apretó, apretó, hasta triturar todas mis ilusiones...

* * *

A los veintiocho años de su vida, el ingeniero Ricardo Gallé, cansado de luchar más que con las fuerzas de la Naturaleza, con la estulticia y la incomprensión de los hombres, se sentía muy cerca del fracaso.

Curvado ante un periódico y fijos sus ojos en un artículo que le afectaba, Ricardo sostenía en su interior una lucha titánica.

No había para menos, pues la prensa cortaba las alas de su ilusión y a la par hacía público su fracaso de inventor químico.

Las letras de molde le herían, con el estilete del desengaño, así:

NOTAS CIENTÍFICAS

“El elemento técnico de la Academia ha leído el informe relativo a los trabajos del ingeniero don Ricardo Gallé sobre la transformación y dominio de las fuerzas eléctricas naturales, que, naturalmente, no ha convencido a nadie.

El señor Gallé, dotado al parecer de una imaginación meridional, gusta de viajar por el mundo del Ensueño y la Fantasía. No de otra manera se explica el presentar proyectos cuya comprobación exigiría millones y millones de francos.”

De pronto el ingeniero soltó el dique de su dolor y amargura, paseó nerviosamente por su laboratorio, rompió iracundo cuanto alcanzaron sus manos, y clamó:

—¡Millones! ¡Millones! ¡Qué imbécil es la Humanidad!

Luego, como enloqueciendo de despecho:

—¡Basta de decepciones! ¡Se acabó! ¡SE ACABÓ!

Estaba decidido a no trabajar más... a matarse incluso.

Afortunadamente la visión de un retrato de mujer pudo lenificar su desesperación.

La hermosa efigie que el vencido contem-

plaba era la de su prima Aurorita de Vre-court.

Siempre le había llevado a ella la esperanza de convertirla en su esposa el día en que brillara el sol de su triunfo inventivo.

Por alcanzar esa gloriosa meta había puesto a contribución en sus proyectos toda su voluntad y centenares de noches en vela devorando obras científicas.

Ahora, ante su derrota llena de crueldad, todos sus anhelos cubríanse, para ocultarse de la luz, con la capa de un botarate, con el fin de no atreverse, por amor propio, a no seguir alimentando su pretensión de dar, más tarde o más temprano, su nombre a Aurorita.

No; no podría, aun amándola como sólo se ama una vez, sacrificarla a su ruina moral.

Sin embargo, desde que, dentro de su exaltación de ánimo por su caída como genio hecha pública desde los rotativos, viera la fotografía de Aurorita, sentía más que nunca la necesidad de buscar paz para su alma en el calor del afecto de sus únicos parientes: su prima y el padre de ésta.

En el campo de los deportes, donde Su Majestad el Puño es el ídolo que adoran las multitudes, el boxeador Jimmie Martel ocupaba un lugar distinguido entre los púgiles mundiales.

Una mujer era también su inspiradora, su musa, y su retrato, que no se olvidaba nunca

de pegarlo a su corazón, servíale de amuleto...

—Oye, tú: ¿quién es esa niña bonita que te escondes ahí?—preguntóle aquel día al púgil su entrenador.

—Es... mi novia. Mírala. ¿Qué te parece? Una tontería de mujer, ¿verdad?

—¡Buen bocado, pillastre!

—En cuestión de gusto en lo que atañe a la mujer, puedo poner cátedra.

—Que sí, Jimmie... y a quien no lo crea enseñale esta muestra. ¡Vaya botón!

—Es un primoroso manojito de azucena.

—¿Cómo se llama?

—Tiene por nombre el del despertar de las flores: Aurora.

—Linda gracia... pero no hace para ti.

—Y eso ¿por qué

—¡Por qué ha de ser sino porque la Aurora se acuesta pronto para levantarse pronto... y tú...!

—¡Te daba así!

También hasta los escenarios llegaba el aroma de juventud de aquel retrato de mujer que iluminaba las vidas de un ingeniero y de un boxeador.

Era un tercer pretendiente el que paseaba entre bastidores a Aurorita, de cartulina nada más.

Se trataba del barítono Giuseppe Cantarini, que de cantante no tenía más que el nombre, y que acostumbraba suplir su ausencia de facul-

tades con un derroche de cursilería verdaderamente extraordinario.

Los hay—hablamos de los mozos de cuerda, es decir, de los que explotan las cuerdas... vocales—monstruosamente ridículos. Se creen que dejan en menos que en pañales a Gayarre, pongamos por caso, cuando tienen una voz capaz de provocar una crisis al más sólido gobierno.

De esos “célebres patateros” era Cantarini.

Hasta el maestro que le hacía ensayar los papeles, se tumbaba interiormente a dormir para no perder la cabeza...

Sin embargo, según el interesado, tenía un tesoro en su garganta, ¡y cualquiera iba a convencerle de lo contrario!

Ya hemos nombrado a tres candidatos a la mano de Aurorita, y bastantes son tres para escoger uno; no obstante, más son cuatro, según dijo Muley Jajay.

El cuarto rival respondía por Esteban Grozet. Su oficio, muy malo, en sus manos: banquero y capaz de vender a su padre, si con ello pudiese realizar una buena jugada de Bolsa.

El cuarteto en cuestión había conocido a Aurorita, aparte Ricardo, en alguna reunión.

¿Quién sería el elegido?

Aurorita ya lo sabía, pero guardábase el secreto.

Como al principiar esta novela comenzaba el calor de Julio a expulsar a los parisienses

de la ciudad hacia la campiña, el excelente señor de Vrecourt, padre de Aurorita, y ésta misma, se refugiaron en su casita de campo, situada a algunos kilómetros de la capital.

Enterados de ello, el boxeador, el *rossignole averiato* y el financiero se hicieron invitar para veranear unos días en la torre de su pretendida, a lo cual accedió gustoso el señor De Vrecourt, quien, para ver de lograr que Aurorita se decidiese definitivamente por el que quisiera por marido, puso en práctica la idea de reunir de una vez a todos los aspirantes a ella, a fin de que el estudio que necesitare hacer la interesada, lo hiciere a un mismo tiempo, en general.

Ricardo también fué invitado y, como los demás enamorados de su prima, se determinó a aceptar, satisfecho de que su tío hubiese coincidido en pensar que él necesitaba ir a verles para descansar de sus estudios...

Un buen día, el señor De Vrecourt, portador de cuatro cartitas, dijo a su hija:

—Te traigo noticias de tus cuatro pretendientes. Llegan esta tarde. Supongo que ya te figurarás el objeto de su visita...

—Sí, papá... ya sé...

—¿Quién será el afortunado? ¿El ingeniero, el boxeador, el cantante o el banquero?

—No sé, papá, no sé; ya veremos...

Los cuatro rivales, que se conocían, partie-

ron de París a la misma hora, con el tren de la mañana, viajando juntos —a pesar de ser enemigos—para dar cada uno la sensación de no ser celoso.

Mientras tanto, allá, en el campo, diríase que la Naturaleza se adornaba con sus mejores galas para recibirlos.

Aurorita sólo ardía en deseos de tener a su lado a uno de sus cuatro galanteadores, y ese era Ricardo, a quien confiaba ver alegre y decidido a confesarle al fin su amor.

Pero el señor De Vrecourt sabía que su sobrino estaría triste, pues así lo revelaba la siguiente carta, que ocultó a su hija:

Querido tío:

Dijo bien quien dijo que Ciencia y Dolor son dos palabras inseparables. Desde que descubrí mi último invento, me encuentro vencido, fracasado. En todas partes se me recibe con ironía y se me trata de visionario... ¡Y, sin embargo, yo tengo fe, una fe ciega en mi descubrimiento! Voy a pasar una temporada a su lado, para ver si el cariño de ustedes me hace olvidar la amargura de mi fracaso.

Ricardo

Poco después de la llegada del conocido cuarteto, la casa del señor De Vrecourt perdía el aspecto de calma que le era habitual.

Por la noche, un ruido ensordecedor de boci-

nas de “autos” sorprendió a los huéspedes parisienses.

—No ocurre nada, señores—explicó el padre de Aurorita.—Son amigos nuestros, que viven en los “chalets” cercanos... ¡Unos locos! Se han enterado de la llegada de ustedes, y como aquí las noches son muy aburridas...

Al poco irrumpieron en la casa numerosos veraneantes, en su mayoría mujeres.

Algunos ya conocían a Jimmie, por sus buenos puños, y a Cantarini, por su mala sombra en cuanto abría la boca.

Hecha la presentación de todos los allí presentes, varias señoritas de buen humor, arrastrando a otras más ingenuas, rogaron a Cantarini que les “recrease” los oídos con su “melodiosa” voz.

El artista, más presuntuoso que un cisne, no se hizo de rogar mucho, aunque sí manifestó no estar aquella noche “en forma” para lucirse.

—Esto son excusas para no cantar, señor Cantarini—le dijo la más atrevida de las jóvenes—. ¡Y nos gustaría tanto que usted nos complaciera!

—Soy esclavo de las damas... y del arte... y lo voy a demostrar—respondió, enfático, el barítono.

Se hizo el debido silencio.

Uno de los amigos de veraneo del señor De

Vrecourt sentóse al piano para acompañar al cantante, cuya gárganta entró en funciones, sin pureza, ni melodía, ni cosa que se le pareciese.

*¡Ay, ay, ay!, tus miradas
Las tengo ¡ay, ay, ay! clavadas
En el fondo de mi corazón;
¡Ay, ay, ay!, tú eres mi vida,
La imagen ¡ay, ay, ay! querida
De mi más cara ilusión.*

El padre de Aurorita, que no era amante de la música quejumbrosa, se reía discretamente detrás del cantante, imitándole más de un invitado.

Inopinadamente llegaron hasta el salón de donde partía el canto de los ¡ay, ay, ay!, los roncós ladridos de un perro atado al porche de la casa vecina.

Cantarini, disgustado por la grosera intervención del animal en el final de su romanza, no pudo soltar con naturalidad el calderón con que terminaba la partitura.

Las señoras fingían pesar por la perrería en cuestión, aun cuando, como los señores, aplaudían la oportunidad del can, que impediría seguramente otra romanza del cantante.

—¡Qué lástima, señor Cantarini, que ese irracional haya metido la pata!—exclamó una señorita.

Y el señor De Vrecourt:

—Es el perro de nuestro vecino... Un crítico excesivamente severo, como usted puede ver.

—¿Está entre nosotros su propietario?

—¿Por qué, señor Cantarini? Le pediría usted que le diese la bola?



El padre de Aurorita, que no era amante de la música quejumbrosa, se reía discretamente detrás del cantante...

—No tal, señor De Vrecourt, sino para decirle que no sienta haberme molestado indirectamente.

—¡Ah! Pues no se preocupe, porque no está aquí. Ese señor es un personaje extraño. Siem-

pre solo, siempre taciturno... Es impenetrable, como la Esfinge.

—Qué raro...

—Desde que llegamos aquí sólo le hemos visto pasear por el bosque, con una capa y un sombrero al estilo de Judex, unos libros en las manos, meditabundo y sospechoso...

—¿No será un espía?

—¿Estamos acaso en guerra?

—Entonces... un enfermo...

—Es posible... En fin, ya que esto no nos divierte y como ese maldito chucho se metería con usted de nuevo, señor Cantarini, ¿les parece a ustedes bien, señoras y señores, que vayamos a la terraza y tomar algo en ella?

Los invitados asintieron a ello, y pronto el salón iba a quedar desierto.

* * *

Aurorita quedó rezagada con Ricardo en el interior de la casa.

—Quédate, Ricardo...—le había dicho ella.—Tenemos que hablar.

—Temo que los demás y tu propio padre, echen de menos nuestra presencia, y...

—¡Quédate!

Hubo una pausa.

Después:

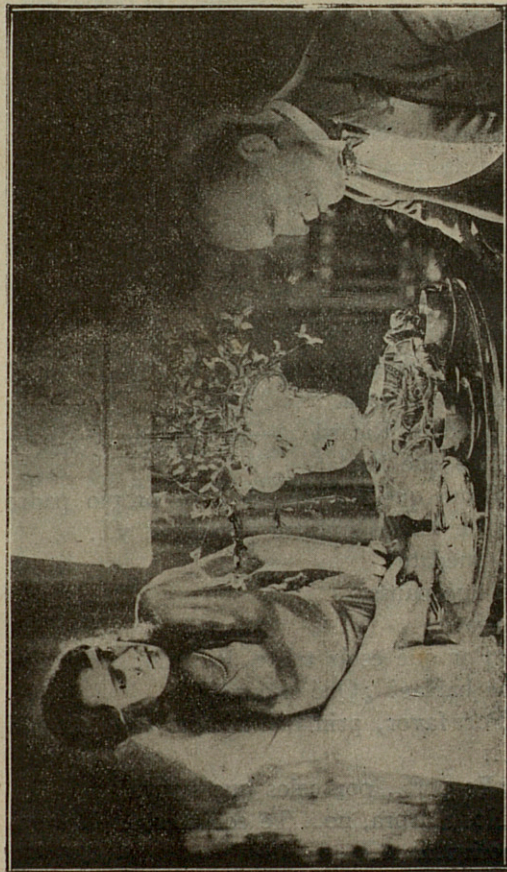
—¿Por qué estás triste, Ricardo? ¿Por qué no me hablas? ¿Qué esperas?

—Por favor, prima... déjame solo con mi pena...

—¿Es por... por celos que sufres?

—No, Aurora, no... Te equivocas... No tengo motivo...

—¿No tienes motivo? Entonces...



—¿Por qué estás triste, Ricardo? ¿Por qué no me hablas? ¿Qué esperas?..

—Si has creído ver miradas de amor en mis ojos, te has engañado... No amo a nadie... ni siquiera a la Ciencia.

—Has vuelto muy extraño... ¡Qué pronto has olvidado nuestra infamia, Ricardo..., aquellos felices tiempos en que jugábamos juntos, sin saber estar separados el uno del otro!

—La juventud... ya pasó, Aurora.

—Pero ¿de veras te has olvidado de cuanto nos queríamos entonces?

—No sigas, Aurora, no sigas; no puedo escucharte.

—Tal vez tengas razón, Ricardo... ¿a qué atormentarnos con recuerdos tristes, si pronto me casaré?

—¿Te casarás, dices?

—Es natural... Ya tengo la edad...

—Sí... claro... ¿Y con quién? ¿Con el talento financiero de Grozet?

—No.

—...¿Con los puños de Martel?

—Noo.

—...¿Con la garganta de Cantarini?

—Nooo.

—¡Basta, Aurora! ¡Tú no me quieres, no debes quererme, no puedes quererme! ¡Ni yo tampoco!

—¿Qué estás diciendo, Ricardo? Sufres un error... Serénate... Mira el retrato del que

amo... ¿Te creías acaso que eras tú, vanidoso?

—¡Ah! De modo que...

—No, tú, no; mil veces no. Mírale. Lo tenía en el álbum... como el tuyo... como el de los otros... Es un oficial distinguido... y muy culto... y muy bien educado...

Ricardo arrancó de las manos de su prima esa fotografía, y, asombrado al principio, echóse a reír luego, diciendo:

—¡Pero, hijita, si es el Rey de Inglaterra!

—¡Oh, Ricardo! ¿No me quieres comprender?... ¡Eres tú quien quiero que sea mi marido!

—¡No, no! ¡Tengo el deber de renunciar a este ensueño!... Soy un hombre fracasado, vencido...

—Pero yo te amaré siempre de igual manera.

—No insistas, te lo ruego. He fracasado y no debo obligarte a compartir mi humillación.

—¡No, Ricardo! Eres joven... puedes luchar, debes luchar. ¡Si me amases, recobrarías tu fe en el porvenir!

—No es posible.

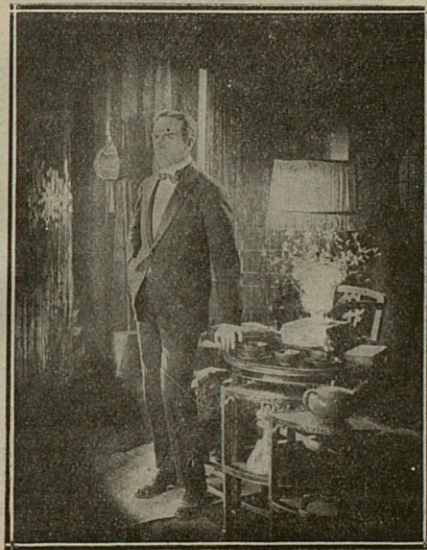
—Si me amases... como yo te amo...

—¡Oh, Aurora! No puedo mentirte más. Tus caricias alivian mi pobre alma. ¡Yo también te quiero! Es más: ¡te adoro!

—¿De veras, Ricardo? ¿Y volverás, por mí, a probar?

—¡Lo intentaré, Aurora! ¡Lo intentaré!

Dichosa como nunca, Aurora se reunió con sus amistades en la terraza, mientras Ricardo, que le rogó le dejase un momentos a solas con sus pensamientos, meditaba sobre la reac-



... mientras Ricardo meditaba sobre la reacción que le aconsejara su prima para ser merecedor de su cariño.

ción que le aconsejara su prima para ser merecedor de su cariño.

Los días fueron deslizándose plácidamente en la casita de campo.

De la conducta de Ricardo, Aurora dedujo que de nuevo el abatimiento había hecho presa en él, despojándole de toda ilusión para sumirle en el mayor desconcierto.

—Me ama y no quiere amarme. ¿Qué enigma se encierra en su cerebro?—se repetía dolorida Aurora.

Así llegó la última noche de las vacaciones de los tres restantes pretendientes de la gentil soltera.

Cantarini, para admirar con sus proezas artísticas al padre de su amada, se apropiaba triunfos de otros, contándolos, delante de éste y de un amigo del mismo, y a espaldas de sus rivales, en la terraza:

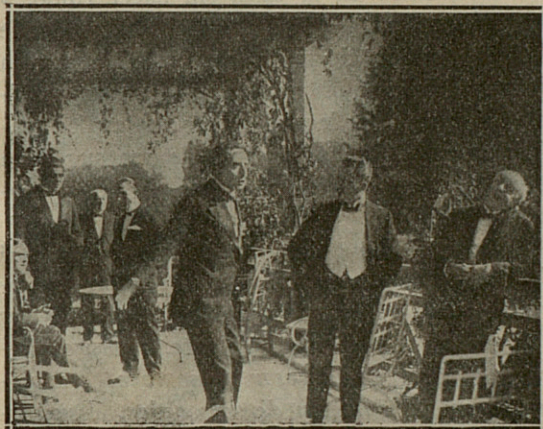
—...El público en masa me esperó a la salida del teatro, para llevarme en hombros al hotel. ¡Qué entusiasmo! ¡Qué delirio! Al llegar a destino, una modistilla, de ojos azules como la nieve y rostro blanco como el mar, me imploró que la robase.

El señor De Vrecourt, advirtiéndole la “errata”, no pudo menos de aprovecharla para “carcajadar” a sus anchas un buen rato, simulando que se burlaba de la pretensión de la chiquilla aquella.

El amigo, menos jocosos que el padre de Aurorita, miraba con prevención al barítono.

—Este tío está como para que le pongan la camisa de fuerza—murmurábase.

En cuanto a los rivales, le tenían lástima, el banquero y el boxeador; mas no Ricardo, que, dentro de lo ridículo que el cantante sabía ser, le envidiaba la convicción que éste



Al llegar a destino, una modistilla, de ojos azules como la nieve y blancos como el mar...

tenía de su talento y la confianza en que sus mentiras podían ser toleradas. “Al menos el barítono—decíase el ingeniero—se resigna con su suerte y sigue adelante con su fantasía, que no es poca, y con su escaso arte, que es casi

invisible. Todo es cuestión de amoldarse a las circunstancias sin ponerse trágico”.

Y Ricardo quisiera ser como Cantarini... mas no podía. Su carácter no admitía ni la sospecha de que fuera el hazmerreír de los salones, y para no oír más las tonterías del cantante, entró en la casa, sin hacer ruido, y del mismo modo sentóse en el salón, donde Aurora, modelo de muchacha, se complacía, a instancia de algunas amistades—por su exquisita dicción—, a leerles, como todas las noches un rato, algunas páginas de una sugestiva novela romántica, escuchándose en aquel momento esta bella promesa:

“¡Por ti, amor mío, todo! No me dejaré llevar de la desesperación por aquellos tropiezos que tuviere en el espinoso camino que voy a emprender, y seguiré adelante, siempre adelante, invocando sin cesar tu nombre para alejar de mí la tentación de retroceder. A mi regreso pondré a tus pies el triunfo... ¡porque venceré!”

Aurorita levantó un momento sus ojos del libro para ponerlos en los de Ricardo, y turbándose mutuamente prosiguió la lectura.

Unas horas más tarde, Aurorita se decidió, como era preciso, a hacer frente a sus pretendientes.

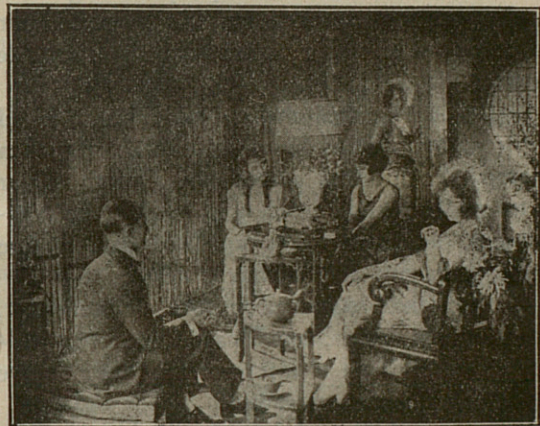
Los cuatro fueron citados al salón, una vez

ausentes, los vecinos, y Aurorita les dejó que hablasen ellos primero.

—Ya sabe usted, Aurorita, por qué estamos los cuatro aquí...

—Los cuatro la amamos a usted.

—Y los cuatro recibimos de usted la palabra



“¡Por ti, amor mío, todo! No me dejaré llevar de la desesperación por aquellos tropiezos que tuviere en el espinoso camino que voy a emprender...”

formal de una decisión al llegar estas vacaciones.

El único en callar fué Ricardo.

Puesta en el trance sin escapatoria de con-

testar, Aurorita, como haciendo un gran esfuerzo, lo efectuó de esta suerte:

—Amigos míos, voy a darles una noticia que seguramente no esperan... Mi padre está arruinado.

—¿Arruinado?—repitieron, pasmados, el boxeador y el cantante, al tiempo que el ingeniero y el bolsista se sorprendían, sin disgusto, por lo que para su amor representaba la ruina de Aurora.

—Dentro de tres meses—añadió ésta,— él y yo arrostraremos la vergüenza de vernos a merced de nuestros acreedores. Quiero salvar a mi padre a toda costa, y para ello, me comprometo a casarme con aquel de ustedes que me ofrezca una fortuna antes de tres meses.

El banquero sonrió con aire de vencedor, mientras los demás, con Ricardo también, construían castillos en el aire, aceptando someterse a esa condición inesperada.

—Fío en el amor de ustedes hacia mí; pero, por favor, de esto ni una sola palabra a mi padre—terminó diciendo Aurora, retirándose a descansar después.

Las altas horas de la noche fueron pródigas en sueños y pesadillas... Los dos pretendientes, amantes del puño y del canto, respectivamente, se imaginaban vencer en la prueba, para poseer el amor de la amada.

A Cantarini se le antojaba cantar en Milán

“Il Trovatore”, cosechando millares de aplausos que le valían un ventajósísimo contrato.

Por su parte, el boxeador, atizaba, irrealmente, unos monumentales golpes al campeón mundial de su peso, poniéndole fuera de combate al primer *round*, ganando así el crecido premio.

—¡Qué bruto!—le decían todos, aclamándole como si no lo fuera.

El ingeniero y el financiero, más prácticos que sus compañeros, no soñaban: pensaban...

.....

Al día siguiente, el día señalado para la partida, el boxeador, el barítono y el banquero regresaron a París, despidiéndoles Aurorita afectuosamente, para estimular sus buenos propósitos de luchar y vencer.

Ricardo no se marchó y paseaba, reconcentrado en sí mismo, por el jardín.

Aurora, interpretando hábilmente la farsa, le abordó y le hizo la siguiente observación:

—Ricardo, ¿te falta valor para ir en busca de la fortuna?

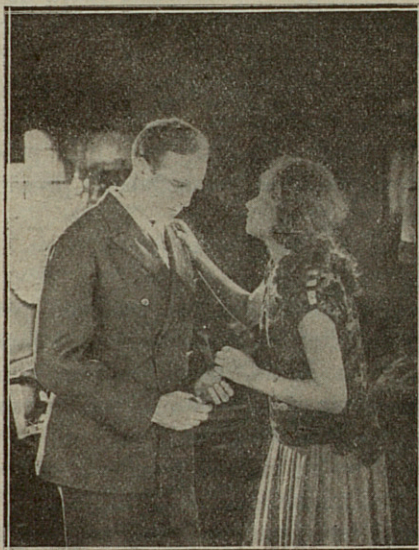
—No me determino a hacerlo, Aurora...

—¿Quizá no te interesa ya una pobre muchacha arruinada?

—No me digas eso, prima, que bien sabes que nunca me cogió el interés.

—Recuerda que me prometiste que reanudarías el trabajo, que volverías a luchar con fe y entusiasmo...

—Sí, es cierto... pero...



—Recuerda que me prometiste que reanudarías el trabajo, que volverías a luchar con fe y entusiasmo...

—¿Serás un cobarde, Ricardo?

—¡No! ¡No soy un cobarde! ¡Tal vez al-

gún día te duela el haberme hablado hoy tan duramente!

—¡Mi corazón es tuyo, Ricardo, y quiero que tú venzas!

—¡Si yo también quiero luchar! ¡Si yo también quiero vencer! ¡En mi cerebro se agita una idea grande, casi absurda! Pero si ahora la sacase a la luz, volverían a reírse de mí... volverían a llamarme insensato y loco.

—¡Dímela, Ricardo, dímela! ¡Yo creo en ti!

—¡No, no: es mi secreto!

* * *

—¿Para qué crear? ¿Para qué inventar? ¿No vale más que se pierda esa enorme fuerza?—platicaba consigo mismo Ricardo, contemplando un poderoso salto de agua que se abatía, rugiente, a sus pies.

De improviso una mano posóse en su hom-

bro derecho, arrancándole a la meditación a que se entregó ante la caudalosa cascada.

Volvióse.

Vió a un hombre, desconocido para él, cubierta su cabeza con un sombrero negro de



—¿Para qué crear? ¿Para qué inventar?...
¿No vale más que se pierda esa enorme fuerza?

amplias alas, y abrigado su cuerpo con una capa, negra también, de rostro severo y mirada penetrante.

Saludáronse.

—Imponente masa de agua, ¿verdad?—dijo el aparecido, que no era otro que el enigmático vecino de los De Vrecourt.

—Imponentísima, en efecto.

—Cerca de aquí estoy construyendo una central eléctrica, que será alimentada por este tesoro formidable de “hulla blanca”.

—¡Oh, si yo pudiese disponer de una fuerza semejante!!

—¿Usted?

—Yo, sí... ¿Qué cataclismo! ¿Sería el amo del mundo!

—¿El amo del mundo? ¡Caramba! No sería usted poco...

—En fin, he dicho muchas veces que no quiero ni volver a pensar en esto.

—Adiós, caballero. Veo que necesita usted estar solo.

—No lo crea, señor... Su compañía...

—No fuerce usted su amabilidad... Mi compañía, en estos momentos, le es sumamente molesta. Los momentos de inspiración son oro, si se sabe aprovecharlos.

Sobre esto, el misterioso personaje se fué.

Lo propio hizo Ricardo, que regresó a la torre de su tío con rapidez inusitada.

Viéndole atravesar el jardín y pasar cerca de ellos sin observarles, Aurorita prorrumpió en llanto abrazándose a su padre.

—¿Quieres explicarme qué significa todo esto? Tus lágrimas... la despedida sombría de tres de tus pretendientes... Me parece todo esto muy singular... no comprendo nada...

—¡Soy muy desgraciada, papá!

—No llores más, mujer... Expílicate... ¿Acaso tu primo ha sido al fin el elegido y no parece entusiasmado?

—Ricardo no es el mismo, papá...

—Ya lo he notado, hijita... Parece como preocupado por una idea fija... Su manía de los inventos le tiene absorto... Pero eso pasará... El oxígeno del campo purificará sus ideas... Ya verás... ya verás...

* * *

Como tocado por la varita mágica de un hada, el desaliento estaba vencido, y Ricardo—desde aquel día que el rumor del agua del torrente murmuró consejos a su oído, y el hombre desconocido también—, volvía a sentirse dominado por la fiebre creadora.

Aurora, con afán de ver trabajar a su amado, y para alentarle con sus promesas de dicha sin fin, fué a interrumpirle, cierta mañana, en sus estudios, que hacía en su cuarto, del que se resistía a salir hasta para tomar las comidas, y al abrir ella la puerta de la habitación establecióse corriente de aire con la ventana abierta frente a dicha puerta, y por aquella

abertura que daba al campo voló hacia el jardín una cuartilla llena de arriba abajo de apuntes del ingeniero.

—¡Oh, perdóname, Ricardo!

—No tiene importancia, Aurora... si puedo recuperar esa cuartilla...

—El viento se la lleva hacia la casa de nuestro vecino.

—Voy por ella...

—¡Qué contrariedad, Ricardo! ¡Cuánto lo siento!

En pos del papel que contenía cálculos y datos importantísimos, Ricardo se vió obligado a llamar a la puerta de la casa del vecino de su tío, o sea del hombre misterioso.

Entreabrió la cancela un criado.

—¿Qué desea? ¿Quién es usted?

—Soy pariente de los propietarios de la finca de al lado. Se me cayó un papel en el jardín de ustedes y quisiera recogerlo. Debe estar por ahí.

El enigmático personaje se asomó entonces a una ventana, y, reconociendo a Ricardo, ordenó a su doméstico que le permitiese la entrada.

—Muchas gracias, señor—dijo el ingeniero al desconocido.

—Por nada, caballero. Busque lo que haya perdido aquí... y yo mismo le ayudaré.

Mientras Ricardo investigaba por un lado,

el vecino encontraba, por el suyo, el papel extraviado, lo leyó sin que aquél le viese, y ya enterado del mismo se lo devolvió a su dueño.

—Sírvase disimular la molestia que le he causado, señor.

—Molestia, ninguna; al contrario, celebro haberle sido útil en algo.

—Agradecido, señor... y quedo a la recíproca.

—Permítame. Es la segunda vez que nos encontramos, y no quiero que diga usted que le recibo a la puerta de mi casa. ¿Quiere usted acompañarme adentro?

—Con mucho gusto.

—Este es mi gabinete de trabajo.

—¡Buen laboratorio!

—Síntese, sin cumplidos. Ante todo, voy a presentarme. Me llamo Hans Steinberg...

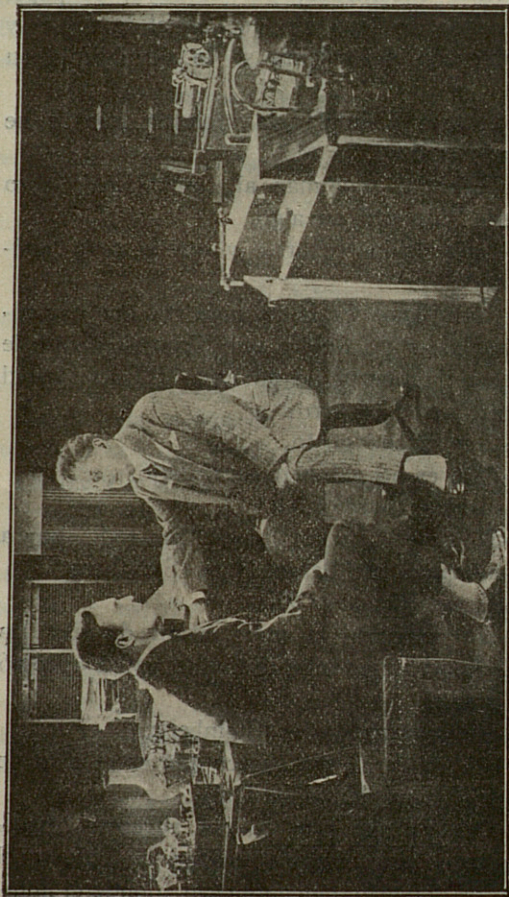
—Y yo, Ricardo Gallé.

—He cometido la indiscreción de leer las notas escritas en el papel que usted recogió del jardín.

—No importa, señor Steinberg.

—Al contrario, me parece que es el plan de una Idea Grande, señor Gallé.

—Celebro que este sea su parecer. Imagínese usted una máquina capaz de sujetar el rayo, de domarlo, de conducirlo adonde el hom-

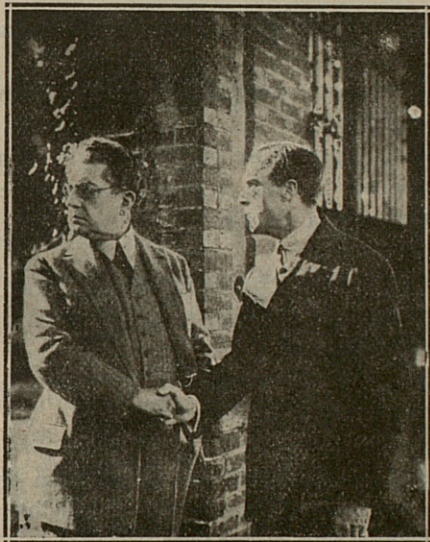


—He cometido la indiscreción de leer las notas escritas en el papel que usted recogió del jardín...

bre quiera, por medio de ondas electrificadas, de una potencia desconocida hasta hoy...

—Interesantísimo...

—Ese rayo llevaría el incendio, la destrucción y la muerte a los puntos que se le orde-



—Crea que he tenido un verdadero placer en conocerle, señor Steinberg. (pág. 38)

nasen...

—En efecto, podría realizarse un magnífico negocio...

—Me anima usted, señor Steinberg.

—¿Si le pago bien los derechos, su obra será de mi absoluta propiedad?

—Sin duda, señor.

—¿Y podré servirme de ella como me plazca?

—No tengo ningún inconveniente a que así sea.

—Le advierto que la utilizaré a mi antojo.

—Aceptado.

—Bien. Apresúrese a traerme el complemento de su trabajo, y puedo asegurarle que no tendrá queja de mí.

—Encantado.

—Dentro de poco tiempo mi Central eléctrica quedará terminada, y podré lanzar rápidamente el negocio.

—Crea que he tenido un verdadero placer en conocerle, señor Steinberg.

—Repito lo mismo, amigo mío.

Entretanto, intrigada por la tardanza de Ricardo, Aurorita preguntaba a su jardinero:

—¿Dónde está el señorito Ricardo?

—Le he visto entrar allí... en casa de nuestro vecino...—respondió aquél.

Y Aurora, sin poderlo remediar, se estremeció de temor...

Pasaron las semanas.

—¿Vienes a paseo con nosotros?—dijo Aurora, cierta tarde, a Ricardo.

—Dispénsenme que no les acompañe, pero mi trabajo me reclama—contestó el ingeniero, marchándose de prisa camino del salto de agua.

—¿Qué estará haciendo en esa maldita fábrica?—preguntóse delante de su hija el señor de Vrecourt.

—Eso digo yo...

—Me inquieta ese muchacho... Le veo febril e inquieto a todas horas...

—¡Y siempre con ese hombre enigmático!

—¿Qué extraños trabajos estarán realizando los dos juntos?

—Ricardo no quiere hablar... Ni yo misma le inspiro confianza...

En la fábrica, el misterioso personaje recibía afablemente, como de costumbre, a Ricardo, a quien dijo, apenas llegado:

—Prepárese usted, amigo mío. Esta noche tendremos que trabajar de firme.

La Central de Hans Steinberg era como un infierno dantesco, en el que se agitaban, domadas, encadenadas por el cerebro del hombre, las fuerzas de la Naturaleza.

Aquella noche se produjo un extraño fenómeno en el campo. Estaba claro el firmamento y nada hacía presagiar la proximidad de una tormenta...

De pronto, como brotando del suelo, llenóse el espacio de gases irrespirables que ascendían rápidamente...

Aquellas espesas volutas de humo se transformaron pronto en nubes y obscurecieron totalmente el horizonte.

De repente, un resplandor siniestro, y el rayo empezó su obra destructora en un bosque arrancando árboles e incendiándolo todo.

Por incomprensible que fuese aquel fenómeno, nadie podía suponer que unas manos humanas, maniobrando a diez leguas de distancia, hubiesen podido hacer surgir el rayo, para intentar una sencilla experiencia.

La tormenta "artificial" duró hasta el amanecer y terminó tan bruscamente como había empezado.

Ajena de ello, Aurorita recibió aquella mañana las dos siguientes cartas:

Adorada Aurorita:

Se me presenta la ocasión de luchar con un campeón famoso, y no quiero desaprovecharla. Si consigo ponerle knock-out, gano una fortuna, que me permitirá aspirar a su mano. Hasta pronto, que tendrá usted noticias mías.

Jimmie Martel.

Aurorita de mi vida:

Debuto esta noche en "Los Hugonotes". Si triunfo y mi garganta no me traiciona, el empresario me ofrece un magnífico contrato, que representa la fortuna para usted y para mí. Con el alma en un hilo le saluda y la idolatra

Giuseppe Cantarini.

—Os deseo buena suerte a los dos—musitó Aurora—, más yo no he de ser para vosotros.

Decididamente, Ricardo era el dueño absoluto de su corazón.

Por eso, al verle, al levantarse sin haber apenas dormido, le dijo cariñosamente, con acento de ternura maternal:

—Tú no estás bueno, Ricardo. Tienes un terrible aspecto de hombre fatigado. ¿Quieres decirme qué significa tanto velar y tanto trabajar?

—Debo callarme todavía Aurora... He empeñado mi palabra.

—No debieras ocultarme nada a mí.

—¡Lo que puedo adelantarte, es que este gran secreto me dará tal vez la fortuna que ambiciono para tí!

En aquel momento llegó a la casa el banquero Grozet.

Ricardo le miró con odio. El financiero era su temible rival.

Este, a su vez, miró al ingeniero con ironía, mientras le decía a Aurora el motivo de su visita:

—He venido a comunicarle noticias importantes, Aurorita... Dos de sus pretendientes han quedado fuera de combate. Estos periódicos lo dicen clarito. Si no quiere usted molestarse en leer las críticas de arte y de deporte que se refieren al cantante y al boxeador que la pretendían a usted, lo haré yo, o le resumiré los hechos.

—¿Qué les ha sucedido?

—El boxeador pensó triunfar y a las primeras de cambio le dejó su contrincante... "para el arrastre".

—¡Pobre muchacho!

—Gajes del oficio, Aurorita.

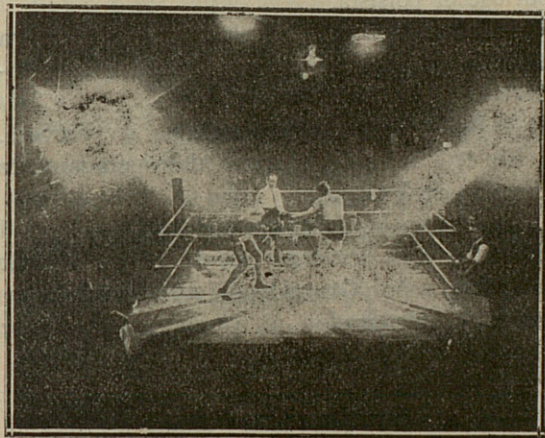
—Y lo de Cantarini, ¿qué fué?

—Tuvo la osadía de presentarse ante un público que cantaba mejor que él, con "Los Hugonotes". Resultado: hasta los más tranquilos transeuntes fueron requeridos por los

indignados acomodadores del teatro, para arrojar legumbres al escenario en honor del debutante. Huelga decir que Cantarini ya no canta en su vida... ni las cuarenta, por si acaso...

—¡Lo lamento, pobres chicos!

—De modo que, Aurorita, cuatro menos



—El boxeador pensó triunfar y a las primeras de cambio le dejó su contrincante "para el arrastre".

dos... quedan dos.

—En realidad, quedan en el ruedo de la lucha, usted y Ricardo.

—Sólo uno conseguirá la fortuna... y ese será yo.

Ricardo, contestando al reto del banquero, clamó:

—¡No, no y no! ¡Mi infernal descubrimiento producirá diez, veinte, cien veces más!

—¡Demontre! ¿Tiene usted tratos con Satán? Si no cuenta usted con otra ayuda...—burlóse el bolsista.

—Calma, señores. El plazo que fijé expira mañana, y Ricardo, señor Grozet, puede todavía...

—¡Bah! Estoy seguro de que yo venceré.

En este instante apareció desesperadamente el señor de Vrecourt.

—¡Acaban de avisarme que ha tenido usted la osadía y la desvergüenza de volver a pisar esta casa, señor Grozet!—objetó, crispando los puños y amenazador, al banquero, que no se inmutó.

—¿Qué sucede, padre?

—¿Qué ocurre, tío?

—¡Qué infamia, Señor, qué infamia! Esta carta, esta carta lo dice todo.

Aurora y Ricardo la leyeron.

Su texto era el siguiente:

Estimado amigo:

Tengo el deber de comunicarle que ha hecho usted mal confiando sus fondos al banquero Grozet. Este señor, o como usted quiera llamarle, valiéndose de un intermediario, ha he-

cho pasar a sus manos toda la fortuna de usted.

—¡Qué infamia!—exclamó Aurora.

—¡Qué miserable!—masculló Ricardo.

—¡Oh, eso no tiene importancia! Es una simple operación de Bolsa. En cambio, ofrezco un millón a mi futura esposa, como regalo de boda.

—¡Nunca!—dijo Aurora, abofeteando al estafador.

—Piénselo usted bien, Aurorita... ¡Es un millón!

—¡Canalla!—le echó en cara Ricardo.

—¡*Un millón!*—insistió el banquero, “frescamente”.

—¡Salga usted inmediatamente de esta casa!

—No se ponga así, señor de Vrecourt.

—Salga usted, le digo yo—añadió Ricardo, o le hago salir a la fuerza por la ventana.

—¿Quién, usted? ¡Qué valiente!

—No me obligue a perder la serenidad.

—Saldré, por mí mismo, porque quiero... No hice nunca caso de las bravatas de la gente... Le doy veinticuatro horas, Aurorita... Veinticuatro horas para decidirse.

—¡Fuera ya, petimetre!

—No empuje, ¿oye usted?, no empuje...

* * *

Aquel día, una noticia extraordinaria, increíble, arrancó a París de su existencia frívola.

Los vendedores de periódicos voceaban como locos por todas las calles:

—¡“El Intransigente”, con noticias sensacionales! ¡“El Intransigente”!

Las noticias sensacionales eran las siguientes:

“¿BROMA O CHANTAGE?”

La noticia que vamos a dar a nuestros lectores, por lo rara y extravagante, más parece hija de la fantasía que de la verdad. Unos misteriosos comunicantes han transmitido por T. S. H. el siguiente mensaje al Concejo Municipal:

“Si dentro de 24 horas no se nos entrega la suma de 50 millones de francos, incendiaremos, *solamente como advertencia*, un barrio entero de la ciudad.”

Los anónimos comunicantes tienen la osadía de añadir que enviarán un emisario a cobrar esa enorme cantidad.”

Nadie tomaba en serio esa absurda amenaza, y mientras eso ocurría en París, lejos de él un hombre aguardaba fríamente la hora de cumplir su misión destructora.

Y en su casa, el padre de Aurora le decía a su hija:

—Nuestra situación es grave, Aurora... Tengo el deber de confesártelo.

—No te apures, papá...

—¡Ese bandido de Grozet me ha colocado al borde de la ruina!

—Animo, papá... No está todo perdido todavía.

—No cuento con la protección de nadie, hija mía.

—Ten confianza en Ricardo... Estoy segura de que él nos salvará.!

Ricardo, en aquel momento, esperaba que transcurrieran los escasos segundos que faltaban para la extinción del plazo señalado por telefonía sin hilos al Concejo Municipal de París, si éste no se mostraba conforme en entregar los 50 millones de francos exigidos.

Como al expirar el plazo no se había recibido ninguna contestación, el ingeniero, implacable y sereno, ordenó a sus ayudantes en las baterías eléctricas:

—¡Segunda división! ¡Fuego!



... un hombre aguardaba fríamente la hora de cumplir su misión destructora.

Y luego:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Y más tarde:

—¡Ataquen por Neuilly!

El cielo enrojeció, las nubes de gases llegaron a París, surgió el rayo, y el incendio destruyó numerosos hogares.

Hubo numerosos heridos.

Los bomberos fueron reclamados con urgencia.

Y el pánico empezó a apoderarse de las gentes, de aquellas mismas gentes que veinticuatro horas antes acogieran con una sonrisa de desdén el mensaje transmitido por las ondas sonoras.

Las nubes que llevaban en su seno la muerte y la destrucción iban extendiéndose sobre la ciudad, precedidas por los aeroplanos de los mensajeros desde los cuales millones de papelitos impresos cayeron en las calles de la capital amenazada.

Esos papeles daban impreso el siguiente aviso:

“Última advertencia

En estos momentos arde por mí un barrio de París. Esta tarde, a las siete, el faro de la Torre Eiffel debe avisarme la capitulación de la ciudad. Un mensajero se presentará entonces en la Puerta del Sur para recibir la suma fijada por mí. La existencia de la ciudad responde de la suya.

El Amo del Rayo.”

En espera de las 7, Ricardo había abandonado su puesto en la Central eléctrica, y minutos antes de esa hora Steinberg le llamó por teléfono a casa de su tío:

—El final se acerca, Ricardo... Le necesito inmediatamente.

Al ir a salir de la casita de campo, se le cayó a Ricardo un papel, y como Aurorita lo recogía, él le dijo, así como a su padre, desapareciendo en el acto:

—¡Esto, esto es lo que nos salvará a los tres!

Aquellos leyeron el escrito, que no era otro que el borrador del aviso de la destrucción de París a las 7 en punto, y quedaron asombrados.

—Pero, papá...—balbució Aurorita.

—¿Sabes que estoy temiendo que la razón de Ricardo esté un poco perturbada?

—¡Oh, papá, no digas eso! ¡Ay, no sé qué temo!

Se acercaba la hora señalada, y desde las cercanías de la Puerta del Sur un mensajero del Amo del Rayo espiaba las alturas de la Torre Eiffel.

Las nubes estaban ya sobre la ciudad.

Eran las seis y media.

No había ninguna señal.

Iban a dar las siete, y tampoco se había recibido nada.

Entonces, Steinberg asistió al accionamiento por parte de Ricardo y sus ayudantes de todas las baterías eléctricas.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!—gritaba el ingeniero—. ¡El fuego está ahora en todas partes!

Los parisienses, llenos de pavor, se ocultaban en sus casas.

Por medio de bandos que no producían el menor efecto, las autoridades procuraban calmar a los habitantes de la ciudad.

La desolación reinaba por doquiera.

Era la venganza del hombre que, cansado de oírse llamar iluso, buscó en su cerebro el germen de una fuerza infernal: se hizo amo del rayo.

Y así, víctimas de aquella venganza, fueron destruidos, uno a uno, los soberbios edificios de que se enorgullecía París.

Inclinóse la cúpula de la admirada Torre Eiffel como primer detalle de la hecatombe que iba a suceder, segundos después desmoronóse toda su parte alta y sólo quedó en pie, muy perjudicada, su base.

Luego sucumbió la Magdalena, la Estación del Norte, las Casas Consistoriales, en fin, todo París.

Jamás la historia, desde la locura de Nerón, había registrado mayor locura que la de la destrucción de la Ciudad Luz.

* * *

—Es la hora de la salida de la edición de las máquinas... ¿Vamos a echar un vistazo a los talleres?—dijo Steinberg a Ricardo, en su "misteriosa" casa.

—Vamos.

Camino de aquéllos, Aurora vió a su primo con el "enigmático personaje", atravesar el bosque, y, presa de la mayor curiosidad, les siguió.

Sin ser vista entró detrás de ellos en los talleres.

Steinberg y Ricardo paseaban entre monumentales máquinas de imprimir.

Al fin se detuvieron ante una mesa que se iba llenando de libros, y vió a Ricardo coger uno de ellos y sonreír satisfecho.

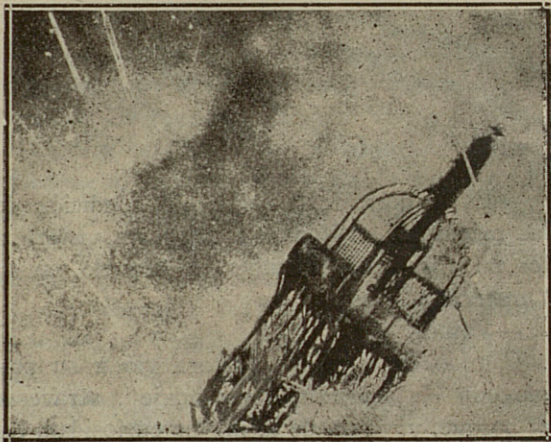
Se acercó.

—Cómo, ¿tú por aquí?—preguntó el ingeniero a su prima, al verla.

—Ricardo, ¿qué haces aquí?—preguntó ella intranquila.

—Mira.

Aurorita leyó en la portada del libro:



Inclinóse la cúpula de la admirada Torre Eiffel...

La Destrucción de París, por Ricardo Gallé.

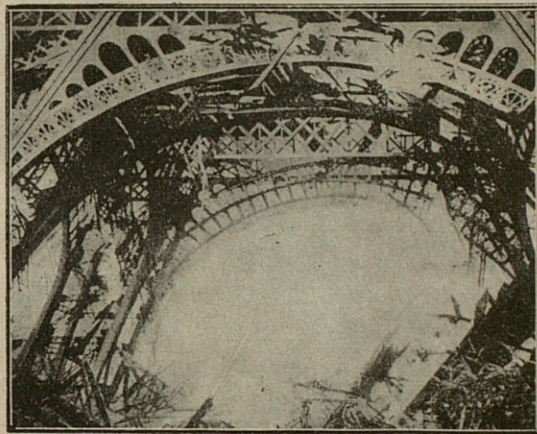
—¿Qué? ¡Una novela! ¡Y tuya!

—Sí, una novela científica, en la que, además de ser el autor, soy el protagonista.

—Entonces todo aquel misterio...

—¿Misterio? ¿Qué misterio? Me encerraba para trabajar, velaba, visitaba a menudo esta imprenta para entregar original de mi novela... y nada más.

—¡Cuánto me alegro, Ricardo! ¿Y cómo se te ocurrió eso?



... y sólo quedó en pie, muy perjudicada, su base.

—Cuando vi rechazado por la Academia de ciencias mi informe sobre la utilización de las fuerzas eléctricas naturales me desesperé; pero, después, en medio de mi despecho se me ocurrió una idea: la de un hombre que realmente hubiera logrado adueñarse del rayo.

—¡Y papá que te creía loco!

—Te presento al señor Steinberg, editor de Estrasburgo, que ha instalado aquí, lejos del “mundanal ruido”, una magnífica imprenta eléctrica...

Señor Steinberg, mi prima Aurora de Vre-



Luego sucumbió la Magdalena...

court.

—Tanto gusto, señorita.

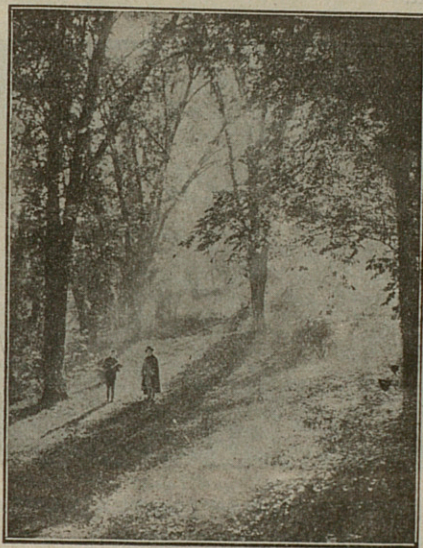
—¡Y nosotros que le creíamos a usted, señor, un personaje enigmático!

—Pues ya no hay enigma, señorita, para nadie, y como la realidad no puede ser más

agradable para todos, ofrezco al señor Gallé un contrato importantísimo por otras diez novelas científicas.

—¿Para destruir diez ciudades más?

—A su primo de usted le sobra imaginación



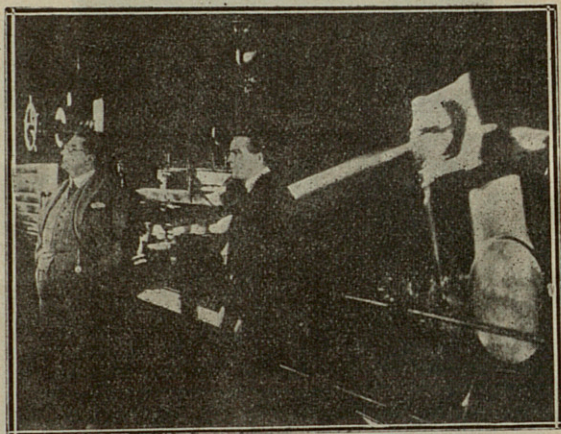
... Aurora vió a su primo con el “enigmático personaje”, atravesar el bosque...

y no le falta talento. Puede consagrarse en el mundo científico literario.

De vuelta al hogar que pronto sería su nido

dé amor, Aurora y Ricardo dieron el notición al señor de Vrecourt, que se alegró una barbaridad.

Al poco, el banquero Grozet, alegre y confiado, llegaba en busca de la respuesta de Aurora.



Steinberg y Ricardo paseaban entre monumentales máquinas de imprimir.

—¿Ha reflexionado usted ya, Aurorita? No olvide que tengo en mi poder algunos créditos de su señor papá... ¿Rehusa usted todavía?

—Rehusó, sí, señor. En cuanto a los créditos se le pagará hasta el último céntimo—respondió Aurora, abrazada a Ricardo.

—Según veo, ha preferido usted a su primo... Ya me lo temí...

—Un hombre, cuando ama a una mujer, no recurre, señor sinvergüenza, a procedimientos violentos para obligarla a sacrificarse. Cuando un hombre ama a una mujer, debe procurar merecerla por sí mismo, no por su dinero ni por su maldad... sino por su corazón.

—Bueno, bueno, ¿quién se encarga de pagar las deudas de su padre, señorita?

—¡Nadie!—afirmó rotundamente Ricardo.

—Procederé contra él sin pérdida de tiempo.

—Eso tú no lo puedes hacer, canalla, porque te venderías a ti mismo. El que va a proceder contra ti, en nombre de mi tío, tu víctima, soy yo. Y toma, puedes ya guardarte estas caricias mías a título de intereses.

—Suelte usted, haga el favor...

—¿Soltarte? Sí, es verdad... pero no será con las manos... sino de un patadón que te voy a echar de nuestra presencia.

Y del dicho al hecho hubo poco trecho.

—Se habrá hecho mucho daño—dijo, apenada, Aurora a su novio, al ver rodar por el suelo del jardín al banquero.

—Esa clase de hombres no merecen compasión. Son víboras que envenenan la sociedad. Hay muchos así. Mi próximo libro podría tener por base la aniquilación de esa mala hierba.

—¿No podré yo ayudarte en tu trabajo?

—Sí, Aurorita... Tu amor guiará siempre, como hasta hoy, mis pasos.

Y mientras unos labios se besaban... Grozet, puesto en pie con muchos trabajos, huía de aquella casa donde había entrado el verdadero amor, y caminaba a saltos con las manos puestas en salva sea la "región".

Le dolía...

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

La interesantísima novelita
americana

¡No más Mujeres!!

CREACIÓN DE
MADGE BELLAMY

Y

MAT MOORE

SUGESTIVO ASUNTO

Exclusiva de UNITED ARTISTS

POSTAL-REGALO

IRENE CASTLE

10 FOTOGRAFÍAS

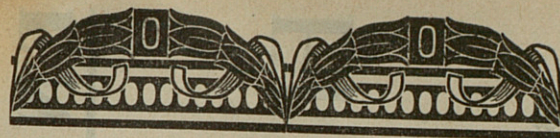
Precio: 30 Cts.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrientes,
de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Bering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bébé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Mariin
13	Cómo aman las mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El caballo de carreras	Douglas Fairbanks
32	Su Señor y dueño	Constance Talmadge
33	La Madrecita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrón de ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La Novela de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La Iliada, de Homero (Especial)	Monte Blue
38	¡Soy inocente!	Pola Negri
39	La Alegría del Batallón	Jackie Coogan
40	La papeleta de empeño	Mary Carr
41	El eterno Don Juan	Victor Varconi
42	Los mártires del arroyo	Lillian Gish
43	Fanny, la viuda romántica	Alberto Capozzi
44	El Tío Paciencia	Eva May
45	Lecuro, Imprudencia y Abandono	Tom Mix
46	La edad de la ambición	Gloria Swanson
47	La aventura del velo	Harry Carey (Cayena)
48	Almas Divorciadas	Geraldine Farrar
49	Tacaña de amor	Larry Semon (Tomassin)
50	Por orden de la Pompadour	Leatrice Joy
51	La destrucción de París (especial)	Charles Jones



¿Ha comprado usted ya el quinto
volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM

Los Hijos de París

O

La Novela de una Obrera?

¡Pida esta obra en todas partes!

Recuerde los números an-
teriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre



EN BREVE:

La grandiosa novela francesa

El Hijo del Mercado

¡Acontecimiento editorial!

(Biblioteca Femenina de LA NOVELA FILM)

